EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL PRIMER GALAN,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

8

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 187[illegible]

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp[illegible]
		COMEDIAS Y DRAMAS.	
Á tiempo	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Tod[illegible]
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Complicaciones	1	S. Contreras	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
La conciencia	1	José del Castillo	»
La escalera	1	Eduardo Guillen	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Trigninas y filoxeras	1	Jaime Piquet	»
Un rival en la cuna	1	J. Martin y Santiago	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Lo que ha de ser	2	Ramon Mariscal	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mit.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»
Ni la paciencia de Job	3	Miguel Echegaray	»

EL PRIMER GALAN.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos.
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida (2.ª edicion.).—Esto, lo otro y lo demas allá.—Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela, poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.—(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

EL PRIMER GALAN,

COMEDIA

EN DOS ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el Teatro ESLAVA el 25 de Octubre de 1879.



IMPRENT ... ALVARIO, 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA....................	Srta. Cándida Pardo.
LUCÍA........................	Adela García.
MARTIN......................	D. Ricardo Zamacois.
MAROTO.....................	Gerardo Peña.
TAPICERO...................	Sebastian Gamez.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado; sobre la puerta del foro un reloj; á la derecha del espectador una chimenea. Á la izquierda un velador con libros y un sofá. Al levantarse el telon un oficial de tapicero está arreglando, subido en una escalera de mano, la colgadura de la puerta del foro. Lucía está quitando las fundas á las sillas y limpiándolas.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, TAPICERO.

LUCIA. ¿Le falta á usted mucho?
TAPIC. Casi nada.!
LUCIA. Mire usted que va á salir la señora, y si ve que no ha concluido usted se va á incomodar.
TAPIC. Tiene mal genio la señora?
LUCIA. No, sino que es muy viva.
TAPIC. Así me gustan á mí.
LUCIA. ¿De veras, eh?
TAPIC. De veras.
LUCIA. Pues mi señorita es como ella dice, toda nervios.
TAPIC. Su señorita de usted es forastera, verdad?
LUCIA. Está en Madrid desde que se abrieron las Córtes. Como el señor es diputado...

TAPIC. Ah, el señor es diputado?

LUCIA. Por Jerez.

TAPIC. ¡Buena tierra!

LUCIA. ¡Ya lo creo!

TAPIC. Nunca he visto al señor por aquí.

LUCIA. ¿Pues no ve usted que hay sesion por la noche y por la mañana y á todas horas?

TAPIC. Diga usted, y con tanta sesion, bajará el pan?

LUCIA. ¡Puede!

TAPIC. Ántes bajaré yo.

LUCIA. Pues si ha de ser, que sea pronto.

TAPIC. Ea, se acabó. (Baja de la escalera y va á cogerla para llevársela.)

LUCIA. Deje usted la escalera ahí, que va á venir el relojero.

TAPIC. Bueno. ¿Qué más hay que hacer?

LUCIA. Ya, nada. ¡Jesús, qué cosa tan pesada es poner una casa!

TAPIC. Todo lo han puesto nuevo, eh?

LUCIA. Todo. El señorito ha gastado un dineral en el dichoso cuarto. Como piensa establecerse aquí...

TAPIC. Aquí se vive mejor que en Jerez.

LUCIA. Eso dice la señorita. Le gusta Madrid, y las visitas y los teatros... ¡uf! como á ella la dejen ya dará buena cuenta del caudal.

TAPIC. Conque, prenda, ¿me voy ó me quedo?

LUCIA. Váyase usted; si ocurre algo más ya avisarán.

TAPIC. Bueno; pues luégo mandaré por la escalera: pasarlo bien, *barbiana*!

LUCIA. Adios, *gato*!

ESCENA II.

LUCÍA, CAROLINA.

Vaya, ya está todo limpito, gracias á Dios; ya no falta más que poner los relojes en hora y ya tenemos casa.

CAROL. ¡Lucía! (Sale leyendo un papel.)

LUCIA. ¡Voy!

CAROL. ¡Lucía!

LUCIA. Aquí estoy.

CAROL. ¡Lucía! ¡Lucía!

LUCIA. ¡Pero si estoy aquí, señorita!

CAROL. Quita de en medio, mujer. ¿No ves que no es á tí á quien llamo? Espera. ¿Á tí qué te parece, he dicho Lucía con brío?

LUCIA. Lo ha dicho usted...

CAROL. ¿Cómo?

LUCIA. Como si dijera usted ¡que hay fuego en la casa.!

CAROL. ¡Pues eso es! Algo parecido á eso es lo que quiero decir, porque en la comedia, Lucía, que es mi criada tambien, se ha separado de mí mientras el duque pretende enamorarme de una manera... de una manera poco aristocrática, ¿sabes?

LUCIA. Vamos, sí, ya me figuro.

CAROL. Y yo entónces grito: ¡Lucía! ¡Lucía! Como si dijera: ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA III.

DICHAS, MAROTO.

MAROTO. ¡Qué pasa! ¡Qué es eso!

CAROL. ¿Eh? ¡Hola! No, nada, es que estoy leyendo el papel.

MAROTO. Por Dios, mujer, vaya un susto.

CAROL. ¿Cómo tú por aquí?

MAROTO. Un momento nada más, en seguida me voy; vengo por unos datos que me dejé olvidados... eso es, estos son. (Cogiendo unos papeles de encima del velador y leyendo.) La ley de aguas de mil ochocientos sesenta y dos.

CAROL. (Leyendo.) «¡Muy desgraciada!»

MAROTO. Y tan desgraciada: una ley que no deja regar las viñas... La ley de montes.

CAROL. «Desgraciadísima.»

MAROTO. Su señoría comprenderá... esto tengo que decirlo con fuego, es mi primer discurso—su señoría compren-

derá que los pueblos no pueden morirse de sed!

CAROL. Eso... nunca! (Declamando.)

MAROTO. ¡Los pueblos padecen!

CAROL. ¡Oh, sí!

MAROTO. Los pueblos no beben!

CAROL. Repito que sí.

MAROTO. ¿Pagan!

CAROL. ¡Ah! (Fingiendo un desmayo.)

MAROTO. ¡Eh! ¡Carolina! Hija mia, te aflige la situacion de los pueblos, verdad?

CAROL. No, hombre, no, si es el papel.

MAROTO. ¡Al diablo con tu papel!

CAROL. Pero confiesa que lo hago bien, puesto que has creido...

MAROTO. ¡Qué! si estoy trastornado! ¿No sabes? Tal vez hoy mismo tendré que hablar por primera vez... por primera vez, Carolina; y en un Congreso; si tú supieras lo que es un Congreso...

CAROL. Pues si tú supieras lo que es una comedia...

MAROTO. ¡Qué tiene que ver!

CAROL. ¡Diferencia va!

MAROTO. Pero un Congreso...

CAROL. Pero un público...

MAROTO. Pero un discurso...

CAROL. Pero y una comedia?

MAROTO. Bueno; quiere decir, que congreso ó comedia todo viene á ser lo mismo, vamos.

CAROL. Pepe mio, yo necesito que en este discurso te luzcas extraordinariamente.

MAROTO. Eso es lo que yo me digo, Carolina mia; porque ¿de qué le sirve á uno la fortuna, la nobleza de su cuna la influencia oficial, si uno no prueba que merece todo eso? Cualquiera dirá que á nosotros no nos falta nada, verdad? Pues nos falta algo, yo quiero que mañana la prensa vea en mi un orador de esperanzas, que seas la mujer de un genio y no de un rico, la esposa de un orador, no la de un cosechero; quiero que á las primeras palabras mias, los escaños se pueblen de gente;

cuando yo diga... verás, cuando yo diga... ¿Qué habeis hecho por los obreros jerezanos? Qué habeis hecho por nuestros vinos? Qué habeis hecho por nuestras aguas? Qué habeis hecho por nuestros caldos? Os... os los habeis...

CAROL. ¡Os los habeis bebido!

MAROTO. No, mujer, no se los han bebido! Pero son capaces. En fin, voy allá, á ver si por el camino me acuerdo. Es una fatalidad; todas las noches cuando me acuesto me sé de memoria el discurso, y por la mañana al despertarme .. se fué!

CAROL. Pues hijo, si te sucede lo mismo allá...

MAROTO. Me llevo algunos datos.

CAROL. ¿Algunos?

MAROTO. Y espero, espero salir adelante. Aquí hay mucho orador de pega; estos madrileñitos se creen que no hay más que ellos... Á propósito, no ha habido novedades?

CAROL. Empezamos? (Disgustada.)

MAROTO. No, hija mia, no; ya sabes que te he prometido suprimir los celos mientras dure la lectura. Pues si yo no tuviera confianza en tí estaba divertido teniendo que pasarme dia y noche en las Córtes!!! Por cierto que... (Dando una vuelta por el cuarto y oliendo. ¿Tú fumas?

CAROL. ¡Pepe!

MAROTO. ¡Lucía!

ESCENA IV.

MAROTO, CAROLINA, LUCÍA.

LUCIA. Señorito.

MAROTO. ¿Usted fuma?

CAROL. ¡Pero hombre!

LUCIA. Ah. ya sé lo que es, ya sé lo que es; el tapicero que ha estado fumando.

MAROTO. ¿El Tapicero?

LUCIA. Sí señor, que ha estado poniendo las colgadura. *Velay*

la escalera!

MAROTO. Velay, velay! he dicho que no puedo oir estos dias palabras torpes; se acostumbra el oido, y luégo... ayer, por acordarme de usted, dije en pleno Congreso. ¿La cámara acuerda que *haiga* sesion mañana? Ya ves!

CAROL. Se promovería un murmullo...

MAROTO. Leve, bastante leve. Lo dicen muchos, querida, lo dicen muchos. ¿Con que ha sido el tapicero?...

LUCIA. El Tapicero, sí señor.

CAROL. Váyase usted, Lucía.

ESCENA V.

CAROLINA, MAROTO.

CAROL. Te parece bien ser celoso delante de los criados?

MAROTO. Hay mucho moscon en este Madrid. (Si ella supiera que voy á ver á la bailarina...)

CAROL. No seas tonto y cúrate de esa enfermedad moral. Yo no pienso ahora más que en la comedia que he de hacer en casa de la marquesa.

MAROTO. Te lucirás.

CAROL. Pero mira qué situacion, Pepe; mira qué situacion la mia.

MAROTO. Las dos. Ese reloj hay que arreglarlo. (Señalando al que hay sobre la puerta.)

CAROL. Como el luto me ha impedido ir á los teatros, ¿qué dirás que ha inventado la de Velez, que no me puede ver ni pintada?

MAROTO. Si; ya me dijiste...

CAROL. Ella ha visto que se va á hacer una comedia de aficionados en el teatro de la marquesa, y le ha dicho á la dueña de la casa: esa señora de Jerez, es una gran cómica, dela usted un papel.

MAROTO. ¡Ah!

CAROL. Y yo, que ya sabes lo que soy, que no me acobardo nunca... en cuanto fuí invitada á trabajar, acepté. Me

he comprometido á hacer la comedia el viernes.

MAROTO. ¿El viernes?

CAROL. El viernes. Ayer cumplí el año de luto, puedo de aquí al viernes ir á dos ó tres teatros... no he visto aún ningun teatro en Madrid, tú me llevarás...

MAROTO. Si no hay sesion de noche. (Es decir, si mi bailarina no me entretiene.)

CAROL. He perdido ya la costumbee de ver comedias; tú con tu política y tu congreso no me puedes ensayar.

MAROTO. Necesito yo ensayar mi discurso; precisamente le he escrito á mi compañero de colegio, Arnal, para que me enseñe á declamar.

CAROL. (¡Ah, que ocasion!) Pues eso había pensado yo.

MAROTO. ¿Qué?

CAROL. Llamar á un actor notable para que me ensayara...

MAROTO. ¡Te guardarás muy bien!

CAROL. ¿No quieres?

MAROTO. De ninguna manera. Ahora voy yo á abrir las puertas de mi casa á un actor... ¡pues poquito atrevidos que son esos señores! Estando yo fuera de casa no consiento visita ninguna. ¿Lo oyes? ninguna!

CAROL. Pero hombre...

MAROTO. Nada! Haz tu comedia; y ya ves que es mucho conceder que ensayes con esos cuatro ó seis sietemesinos que trabajan contigo, y que te cogen la mano y te dicen amores con excusa del papel. Lúcete y métete en sociedad como yo en la política, porque eso es lo que debe ser cuando uno es rico y jóven...

CAROL. ¡Y guapo!

MAROTO. ¿De veras te lo parezco?

CAROL. Como nadie.

MAROTO. ¿No te gusta nadie más que yo?

CAROL. ¡Tonto!

MAROTO. ¡Ay, Carolina mia, bendita seas! Ea, yo á mi baila... digo á mi sesion, tú á tu estudio; y ya sabes, si viene alguno... ¿eh? Cuidadito, una mujer no debe recibir sola; en esa parte conservemos nuestras costumbres

provincianas... Ah! mis datos. (Cogiendo en una mano un legajo de papel.) La ley de aguas. (Cogiendo otro libro.) Los diarios de sesiones... haz favor. (Carolina le mete debajo del brazo derecho varios periódicos.) Las leyes orgánicas. (Señalando al velador con la cara. Carolina le mete debajo del brazo izquierdo el libro.) Adios, amor mio, te quisiera abrazar, pero las leyes se vendrían al suelo. ¡Qué hermosa eres!—«¿Qué habeis hecho de nuestros vinos? Los pueblos tienen sed! ¡Los pueblos pagan!»

ESCENA VI.

CAROLINA.

(Se habrá quedado meditabunda. Pausa.) Pues ya no tiene remedio. No es cosa de deshacer lo hecho. Y despues de todo ¿qué mal hay en ello? ¿Qué tiene de particular que una señora suplique en una atenta carta á un actor distinguido, que tenga la bondad de pasar á ensayar un papel? Yo pensaba hacerle un regalo. Todas mis amigas me han dicho que ademas de notable acto es un cumplido caballero... ¡Lucía!

ESCENA VII.

CAROLINA y LUCÍA.

LUCIA. Señorita.

CAROL. Ven acá, Lucía.

LUCIA. Aquí estoy, señorita.

CAROL. ¿Por supuesto, llevaste anoche la carta al teatro, es verdad?

LUCIA. ¿Pues no le dije á usted qué sí?

CAROL. No me acordaba. ¿La entregaste al mismo señor?

LUCIA. Verá usted; yo fuí por la puerta de atrás; un portero me dijo que esperase, que el señor ese estaba en cena, ó en la cena...

CAROL. En escena.

LUCIA. Eso es, en escena. Esperé. Luégo me hicieron subir una escalera muy estrecha, despues había un pasillo, y al fin del pasillo un cuartito donde estaban siete ú ocho señoritos. Yo pregunté quien era el señor Vico, y entónces se adelantó uno que parecía criado y me dijo: «se está vistiendo.» Yo le supliqué que pasára á la carta, y al poco rato salió y me contestó: «Que le diga usted á la señora que no le contesta por escrito porque está ocupado, y que tendrá mucho gusto en ir mañana entre dos y tres, sin falta.»

CAROL. ¿Entre dos y tres?

LUCIA. Es decir, ahora.

CAROL. ¿Ahora? (Inquieta.)

LUCIA. Ya ve usted... (Mirando al reloj.) ¡Anda! y el relojero sin venir! (Va al balcon á mirar.) En la Puerta del Sol las dos y media.

CAROL. ¿Luego es la hora?

LUCIA. Justa.

CAROL. Mira, Lucía.

LUCIA. Señorita.

CAROL. Tú ya sabes lo que es el señorito.

LUCIA. Muy atroz, sí señora.

CAROL. ¿Cómo?

LUCIA. Celoso, ¿no es eso?

CAROL. Eso es; yo tengo que recibir á un caballero...

LUCIA. ¡Usted!

CAROL. No vayas á creer que es para nada malo.

LUCIA. (¡Y parecía tan formalita!) ¡Ah! no señora, de fijo que es para algo muy bueno.

CAROL. Pero como el señorito es así...

LUCIA. Ya estoy, ya; quiere usted recibirlo sin que el seño r sepa.

CAROL. Repito que la cosa no tiene malicia, eh?

LUCIA. ¡Cá! Por supuesto!

CAROL. Ten, pues, mucho cuidado.

LUCIA. Esté usted descuidada.

CAROL. Que yo pueda estar aquí... con tranquilidad.

LUCIA. ¿Con tranquilidad?

CAROL. Y si viniera... (Suena la campanilla.)

LUCIA. Llaman!

CAROL. ¡Ay Dios mio! Y yo así... si es el señor ese del teatro Español, dile que espere aquí, que al momento salgo. ¡Con tal de humillar á la de Velez y de hacer mi papel mejor que ella, soy capaz de arrostrar todos los peligros!

LUCIA. ¿Abro?

CAROL. Sí, mujer. ¡Ah, oye, dile que la obra es esta. (Dejando un libro sobre un mueble cualquiera.) Y que yo soy *Elvira*; acuérdate bien, eh?

LUCIA. ¿Elvira?

CAROL. Sí; ve y hazle entrar. ¡Qué emocion, Dios mio! Cualquiera diría que hago algo malo!

ESCENA VIII.

LUCÍA.

¡Elvira! Es decir que no quiere que sepa que se llama Carolina... vaya por Dios; una señorita que parecía tan juiciosa. ¿Y qué obra será esta? ¿Qué querrá decir? ¿obra? ¡Pues si es un libro! Vaya, vaya, luégo dicen que las de Madrid... (Campanilla.) pues estas andalucitas... ¡Voy!

ESCENA IX.

CAROLINA, en la puerta.

CAROL. ¡Lucía! Ha ido á abrir. ¿Pues no estoy temblando? Estos celosos la obligan á una á ocultar hasta las cosas más sencillas.

LUCIA. (Dentro.) Por aquí.

CAROL. Ya vienen. (Se oculta.)

ESCENA X.

LUCÍA, MARTIN.

LUCIA. Tenga usted la bondad de esperar un momento, que en seguida saldrá la señora.

MART. Está bien, está bien.

LUCIA. (¡Què raro es!)

MART. ¡Tres comm'il faut! ¡Tres comm'il faut! (Mirando con el lente de un solo cristal los muebles y el cuarto.)

LUCIA. Aquí tiene usted la obra. Ya sabrá usted que mi señora se llama Elvira.

MART. (No lo sabía, pero me es igual.)

LUCIA. Sírvase usted tomar asiento.

MART. Gracias.

ESCENA XI.

MARTIN.

(Despues de ver salir á Lucía, da una vuelta por la escena rápidamente para enterarse de que está solo, y en seguida baja al proscenio y le dice al público riendo.) ¡Quiá!! ¡Quiá! Yo no soy tal primer galan. (Observa si viene álguien y luégo dice:) Anoche estaba yo en el cuarto de Vico cuando le trajeron esta carta. Á Vico le molestan mucho estas cosas, segun dice. Á mí me encantarían si fuera cómico, porque á mí me encantan las aventuras.—¿Me dejas ir en tu lugar? le dije; y él, echándose á reir, me contesta:—¡Bueno! Si tienes tupé para ello...—Vaya si tengo yo tupé! Aquí dice que no tiene el honor de conocerte porque ha llegado hace poco y el luto la ha impedido ir á los teatros; por consiguiente yo puedo hacerla creer que soy la persona á quien llama. ¡Ya lo creo! Y si es guapa ya tengo yo belen, porque á mí me gusta mucho tener belen! Jé! jé!—Á esto entró un diputado en el cuarto y nos dió noticias de esta señora: pa-

rece que es una mujer distinguidísima. Jé! jé! Cómo me voy á divertir! Pero pensemos en mi situacion. Yo tengo que ensayarle un papel... Á ver... ¡Calle! Pues si esta es la comedia de moda. *El adulterio legal.* Ya lo creo! Noventa representaciones le han dado este año... Me la sé de memoria. *Dichos y Elvira.* Elvira, parece que es ella, sí, por eso diría la criada...—Á ver, á ver, buscaremos la primera escena... Tengo que empezar por ensayarme yo.

ESCENA XII.

MARTINITO, CAROLINA.

CAROL. (Aquí está.) Caballero...

MART. ¿Eh? Señora...

CAROL. (¡Qué estrafalario es!)

MART. (¡Qué mujer tan bonita!)

CAROL. Yo siento mucho haber incomodado á usted y por un motivo tan frívolo.

MART. Señora, no hay placer mayor para un artista que ponerse á las órdenes de una mujer hermosa.

CAROL. ¡Ah!

MART. (Me parece que he estado lo que se llama *extrafino.*)

CAROL. Yo me hubiera dirigido á usted por conducto de alguno de nuestros amigos, pero el tiempo apremiaba; debo hacer esta comedia el viernes y no he vacilado en escribir á usted confiando en su amabilidad.

MART. Repito, señora, que tengo una satisfaccion colosal en poderle pasar á usted el papel, que no dudo tendrá en usted una intérprete tan fiel como distinguida.

CAROL. (Es amabilísimo.)

MART. (Le estoy haciendo un efecto fenomenal.)

CAROL. Pues bien, señor de Vico, aunque yo por mi luto no he tenido ocasion de admirar á usted en el poco tiempo que llevo en Madrid, sé que su especialidad son los papeles vivos, movidos...

MART. (Me moveré.)

CAROL. Y como en esta obra debo hacer el segundo papel... ya sabe usted...

MART. Sí señora, sí; una mujer apasionada, nerviosa, adúltera por necesidad.

CAROL. ¿Cómo?

MART. Digo, no, adúltera por temperamento.

CAROL. ¿Eh?

MART. Es decir, por inspiracion; en fin, ya usted sabe que en la literatura contemporánea, el adulterio es indispensable, imprescindible; es el resúmen de nuestra época. Cuando nuestros descendientes del siglo veintiuno lean nuestros dramas, dirán que los españoles del siglo presente se han distinguido por ser en su mayoría devotos, adúlteros y gobernadores civiles.

CAROL. ¡Bravo!

MART. ¡Oh! Este es un drama trascendental, lógico, razonable, redondo! La mujer engaña al marido, despues se lo cuenta, él lo oye y no le importa nada. Y todo esto en versos retumbantes y dichos á gritos como quien vende fruta por la calle.

CAROL. ¡Es gracioso!

MART. Pero eso no es difícil para una persona como usted, que á su deslumbrante hermosura reune condiciones artísticas especiales.

CAROL. ¿Cómo lo sabe usted?

MART. Es esta, acaso, la primera obra que usted va á hacer?...

CAROL. No, ya una vez en Sevilla...

MART. ¡En Sevilla! Pues á esa representacion me refería.

CAROL. ¡Ah! usted me vió?

MART. ¡Ya lo creo!

CAROL. Pues yo no recuerdo que allí hubiera ningun actor.

MART. Entónces yo no era actor, señora.

CAROL. ¡Ah!

MART. Era... era empleado.

CAROL. Y dejó usted su empleo?

MART. Por dedicarme á la escena, para dar ejemplo á los actores que dejan la escena por el empleo.

CAROL. ¿Luégo ama usted su arte?

MART. Con delirio, señora; yo no puedo vivir sin amar.

CAROL. ¡Hola!

MART. (Le ha gustado el preambulillo.) Mi ¡corazon, señora, necesita amar constantemente!

CAROL. Dicen por Madrid que es usted muy afortunado.

MART. Un poquito, señora, un poquito. (Claro, como me toma por Vico.)

CAROL. Se saben sus aventuras de usted.

MART. En sociedad, señora, se sabe todo.

CAROL. Y como usted va á todas partes...

MART. Sin embargo, el teatro me ocupa mucho.

CAROL. ¿Conoce usted á la señora de Velez?

MART. (Sería ridículo que dijese que no.) Pues ya lo creo; la de Velez!

CAROL. ¿La conoce usted, verdad?

MART. (¡Ah, vamos; es que el otro tiene algo con alguna señora de Velez.) ¡Psth!

CAROL. ¿Qué opinion tiene usted de ella?

MART. Señora, hay cosas...

CAROL. Representa bien?

MART. (¡Ah! es una rival sin duda.) Fatal, señora, fatal!

CAROL. ¿Verdad?

MART. (Acerté.) Fatal!

CAROL. Eso es lo que yo digo.

MART. Usted tiene mucho talento.

CAROL. ¿Cree usted que podré superarla en esta representacion?

MART. ¡Ya lo creo!

CAROL. Ella hace la madre.

MART. ¡Ella! Si eso no es madre ni es nada, señora!

CAROL. ¡Ah, señor Vico, si usted me ensaya...

MART. ¡Pues no la he de ensayar á usted!

CAROL. Si usted me ensaya mi papel de tal modo que yo sea la heroina de la fiesta en casa de la marquesa, cuente us-

ted con mi amistad, con mi proteccion; mi marido tiene influencia.

MART. (Queda aterrado: mira á todas partcss.) ¡Ah! Tiene usted un marido?

CAROL. La iglesia no permite más, señor Vico.

MART. ¿Tiene usted un marido?

CAROL. ¿Le sorprende á usted? ¡Y si viera usted qué opuesto era á estos esnayos!...

MART. ¿Si, eh?

CAROL. Yo sé que usted es tan discreto como buen actor, y le ruego me guarde el secreto de estas horas de ensayo, que él debe ignorar.

MART. ¡Ah!

CAROL. Esto es completamente secreto.

MART. ¿Secreto?

CAROL. Y ya que he hablado á usted con toda la franqueza d amiga, voy por mi papel para que no perdamos ni un momento.

ESCENA XIII.

MARTIN, luégo LUCÍA.

MART. ¡Malo, malo, malo! Un marido, y un marido que ignora... si la muchacha me dijera... allí está... chist!! ¡(va á llamar á la puerta del foro.)

LUCIA. ¿Me llama usted?

MART. ¿La señora es casada?

LUCIA. ¿No lo sabía usted?

MART. No, hija mia, no lo sabía.

LUCIA. Pues ande usted con cuidado porque el señorito se atroz.

MART. ¿Un señorito atroz!

LUCIA. Pero para eso estoy yo allí para que no les sorprenda á ustedes.

MART. ¡Ah! Tú?...

LUCIA. La señorita me lo ha encargado.

MART. ¿Ella?

LUCIA. La casa es grande, se puede usted esconder en muchas partes.

MART. Pues es un porvenir.

LUCIA. Por mi parte no tenga usted cuidado. (Váse.)

MART. ¿Á qué me he metido en una ratonera? Pues ya en ella hay que sacar partido; Martin, Martinito, no te descuides, hijo. ¿No querías aventuras? Pues á ellas.

ESCENA XIV.

MARTINITO, CAROLINA.

CAROL. Ea, ya estoy aquí.

MART. (Y la verdad es que la mujer es preciosa.)

CAROL. Cuando usted guste.

MART. (Y está picada con la otra, con esa de Velez.)

CAROL. Está distraido.

MART. (¡Si la *Pichona* supiera que estoy aquí!)

CAROL. ¿Qué dice?

MART. ¡Me mataba!

CAROL. Señor de Vico, espero á usted.

MART. ¡Ah. sí, sí; sí señora, en seguida.

CAROL. Mire usted, apartaremos las sillas...

MART. Eso es, eso es... apartaremos las sillas... (Apartan todas las sillas á ambos lados; una de ellas se cae.)

CAROL. ¡Qué maldita escalera! Voy á llamar... el relojero no viene...

MART. Déjela usted, déjela usted ahí; servirá para que ensayemos la escena del balcon, cuando el amante sube...

CAROL. Bueno, como usted quiera.

MART. Conque vamos á ver; ¿usted quiere ensayar por actos ó por escenas?

CAROL. Mejor sería pasar las escenas más salientes, si á usted le parece. Todo lo que es coquetería, frivolidad, el primer acto, en fin, creo que lo haré regularmente.

MART. ¡Ya lo creo! (Acercándose y mirándola apasionado.)

CAROL. (¿Por qué me mirará de ese modo?)

MART. Vamos, pues, á la escena en que Roman corta por lo sano y le hace su declaracion á la mujer de su amigo.

CAROL. La verdad es que la escena es un poco fuerte.

MART. Ya no gusta más que lo fuerte, señora. Usted viene de provincias, aquí amamos á la moderna, somos más vehementes... tenga usted la bondad de colocarse aquí y lance usted la frase *¿Qué me dice usted?* con extrañeza... con extrañeza reconcentrada.

CAROL. ¿Con extrañeza reconcentrada?

MART. Justo. Como quien muerde las palabras. *¿Qué me dice usted, Roman?*

CAROL. Á ver si es esto. ¿Qué me dice usted, Roman?

MART. No, no es precisamente eso; yo acabo de decirle á usted que su marido es viejo, vicioso, soberbio, desleal, egoista y reaccionario; y usted, al ver que yo, amigo y aun pariente de su señor esposo, le pongo como chupa de dómine, se irrita—por el momento—y hace la pregunta, como si dijera: ¿Qué manera es esa de tratar á un hombre que te da de comer todos los lunes? ¿Eh? Ha comprendido usted? Ira sombría, asombro sordo y reconvencion temblorosa.

CAROL. Ya, ya.

MART. Vamos á ver.

CAROL. ¿Qué me dice usted, Roman?

MART. ¡Eso es! Ahora es cuando yo desfogo. Esto es lo que hacía Vico, digo, lo que hago yo, segun dicen, con entonacion sin igual.

«¿Qué te digo? Mi pasion!
la voz de mi corazon,
la expresion de mi hondo afan,
el afecto reprimido,
el suspiro entrecortado,
el volcan siempre apagado,
pero siempre en sordo ruido;
lo que debiera morir
conmigo, pero no muere,
y quiere estallar, y quiere

buscar por donde salir;
lo que ya vence al decoro
y á la conciencia y al alma,
que tú has de darme la calma,
que te busco y que te adoro.»

CAROL. (¡Pero qué cosas gustan en Madrid!)

MART. Ahora usted dice todo aquello de que no puede ser, y que su marido, y que la sociedad, y que la conciencia, y la ortografía...

CAROL. ¿Cómo la ortografía?

MART. Los reparillos, en fin, hasta que ya llega usted á hablar sin miedo, que es la escena culminante. Yo le cojo á usted la mano y la miro con todo el fuego del que está dispuesto á saltar por todo. (¡Qué mano, Dios mio, qué mano!)

CAROL. (¡Cómo aprieta!)

MART. Usted quiere retirarla pero sin gran deseo. Ya sabe usted lo que se hace en esos casos.

CAROL. ¡Oh! No señor, yo no lo sé.

MART. Unos remilguitos decorosos, eh? yo entónces insisto, que es cuando digo aquel pensamiento tan profundo que ha hecho célebre al autor.

«Rompe raudo el ronco viento
las olas de mi pasion,
que es llama mi corazon
que da luz al firmamento.»

Esta es la redondilla que le valió al autor la secretaría del ayuntamiento de Cuenca, y fué poco, créalo usted. Conque á ello, venga la tiradita. Ánimo, con resolucion, desbordándose, eh?

CAROL. Pero... (Queriendo desasirse.)

MART. No, no, la mano no se suelta en toda la relacion. Venga. (La coge la mano.)

CAROL. «Pues bien, salga ya del pecho
la voz criminal y aleve
que los corazones mueve
de la conciencia á despecho.

Me adivinas... ¿Qué he de hacer?
Lloras?... ¿Qué puedo negar?
¿Me amas?... ¡cómo te he de odiar!
¿Ruegas? ¡Qué puedo temer!
Dí, sentimiento maldito,
dime, humano sentimiento,
sino me das alimento
¿por qué me das apetito?
Rompa, pues, el negro velo
que la verdad ocultaba
mi alma, de la tuya esclava,
tórnese el infierno en cielo.
Hable franca la pasion
de mi deber en desdoro,
Roman, Roman... yo te adoro
con todo mi corazon!»

MART. Bendita seas, amen! (Besándole la mano.)

LUCIA. ¡Aprieta, hijo! (Asomándose por el foro y retirándose.)

CAROL. ¡Eh, caballero, caballero, me ha dado usted un beso en la mano!

MART. Naturalmente, señora, la relacion acaba así.

CAROL. Sin embargo, podía usted haberlo simulado.

MART. Señora, un artista de corazon no puede ménos de poseerse... (Queriendo cogerle la mano.)

CAROL. Tenga usted la bondad... (Apartándose.)

MART. Dígame usted que es mia.

CAROL. ¿Cómo?

MART. Al final de la escena.
«Tuya soy, tuya seré.
tuya, tuya, retetuya!»

CAROL. ¡Ah! ya.

MART. ¿Vamos?

CAROL. No, francamente, eso lo ensayaré yo sola, señor Vico. Declaro que me da usted miedo.

MART. (¡Le doy miedo!) Pues bien, señora, vamos á la escena. Usted está en su cuarto á las altas horas de la noche y ve usted aparecer por la claraboya la cabeza del caba-

llero en cuestion que viene á robarla á usted de los brazos del odioso marido.

CAROL. Odioso? no, pues si es angelical!

MART. No importa, en el teatro moderno todos los maridos son odiosos. Á todos los engañan! Siéntese usted.

CAROL. Pero... (Se sienta como maquinalmente.)

MART. (Con pasion.) ¡Qué bonita es usted, señora!

CAROL. (Levantándose.) ¡Caballero!

MART. ¿Cómo es posible que un artista que vive del sentimiento sea insensible á tanta belleza?

CAROL. ¿Cómo?

MART. Á tanta discrecion.

CAROL. ¡Señor mio!

MART. Á tanta distincion.

CAROL. Pero...

MART. Á tanto genio! Ah, señora, cuando un hombre vive de la ficcion, de lo que no es sino en la apariencia, y se encuentra de pronto trasportado al mundo de la realidad, y de una realidad tan encantadora, ¿cómo quiere usted que tenga calma para ensayar un drama terrible? Aquí todo invita al idilio, idilio casero, pero idilio al fin!

CAROL. ¡Lucía! (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

MART. Deje usted á Lucía, señora, y óigame usted á mí. Usted me ha llamado, luégo usted veía en mí el ser que necesitaba para realizar sus ilusiones de artista; y no lo dude usted, yo haré de usted una artista colosal, gigantesca; de medio cuerpo arriba, Teodora; de medio cuerpo abajo, Matilde; los piés de la Tubau y las manos de Pepita Hijosa. La naturaleza y el arte en una sola pieza. La belleza artística y la material! ¡Ah! señora! usted tiene un marido, ya lo sé, un marido que será aborrecible, de seguro. Yo, en fuerza de hacer comedias realistas, he averiguado que los maridos nunca tienen razon; conmigo la espera á usted un porvenir de gloria, de laureles; lloverán las coronas sobre usted, yo mismo las pagaré como es costumbre, y así tendrá usted todas las que quiera. No huya usted, ¡por Dios!

óigame á mí. Yo he sido rey noventa y seis veces, emperador nueve, duque ciento dos y banquero infinitas; pero nunca he sido tan feliz como ahora en que ya mi corazon me manda decir sin perder un instante; ya hemos ensayado bastante, ya basta de ensayar...

CAROL. Es usted un miserable y no pude imaginar que abusara de esta manera. Merecía usted...

MART. ¡Ser amado!

CAROL. Merecía usted que contára yo todo esto á quien de seguro le haría salir por el balcon y no por la puerta.

MART. ¡Te amo! (Persiguiéndola.)

CAROL. Salga usted!

LUCIA. ¡El señorito!

CAROL. ¡Dios mio de mi vida!

ESCENA XV.

CAROLINA, MARTIN, LUCÍA.

MART. Esto es más grave. (Dando vueltas por el cuarto.)

CAROL. ¡Váyase usted!

MART. ¿Por dónde? (Sin cesar de andar.)

LUCIA. Yo abrí la puerta al cartero y oí al amo que desde el principal me dijo. ¡No cierres, Lucía!

CAROL. Por Dios, váyase usted, pero no, quédese usted, quiero que le haga á usted pedazos!

MART. Pedazos! (Buscando la salida.)

LUCIA. ¡Venga usted por aquí. (Hácia la derecha.)

CAROL. ¿Á su despacho? (Conteniéndoles.)

LUCIA. ¡Es verdad!

MART. ¡Por allí! (Señalando hácia la izquierda.)

CAROL. ¿Á mi tocador? ¡Nunca!

MART. ¡Por aquí! (Yendo hácia la puerta del foro.)

CAROL. Se encuentra usted con él.

MART. Señora, usted no querrá un escándalo que lo sabría todo Madrid!

CAROL. ¡Oh, Dios mio!

LUCIA. Suba usted aquí! (Señalando á la escalara.) ¡Estamos es-

perando al relojero... arregle usted el reloj!

MART. El reloj?

CAROL. ¡Pronto!

MART. (Si lo supiera la Pichona!) (Sube la escalera.)

LUCIA. ¡Ya está ahí!

CAROL. ¡Yo me muero!

ESCENA XVI.

LUCÍA, CAROLINA, MAROTO, MARTINITO.

MAROTO. Tráeme un vaso de agua, Lucía. Hola, Carolinita, vengo por un instante, se me ha olvidado la ley de presupuestos. ¿No sabes? Por fin me tocará el turno esta tarde si acaba pronto Lopez, que está haciendo un discurso notabilísimo. (Se me figura que aquella mujer me la pega con álguien.)

CAROL. ¿Sí, eh? (¡Dios mio, si mira hácia arriba!)

MART. (¡Creo que me va á dar una convulsion!)

MAROTO. Mira que es particular. En cuanto he llegado allá se me ha olvidado todo el preámbulo. Ahora, ahora mismo me acuerdo perfectamente.

CAROL. ¿Sí? (Muy inquieta.)

MAROTO. ¿Quieres que te lo diga?

MART. (¡Un hombre que hace discursos! Buen enemigo!)

CAROL. No hombre, se te va á hacer tarde.

MART. (Yo necesito arreglar el reloj.)

MAROTO. Verás.

MART. (¡Me saltan los nervios. Necesito hacer algo!)

MAROTO. Verás cómo era.

MART. (Está en las doce.)

MAROTO. ¡Señores diputados! ¿Eh?

CAROL. ¡Notable frase!

MAROTO. ¿Verdad?

MART. (Me parece un imbécil.)

MAROTO. Señores diputados; entre todas las provincias de España, hay una... (En este momento Martin da vuelta á la saeta y la coloca en la una. El reloj da una campanada, Maroto se

vuelve y ve á Martin que estará de espaldas á él.)

MAROTO. ¡Ah! Gracias á Dios que tenemos hora; ya era tiempo.

CAROL. (¡Gracias, Dios mio!)

MAROTO. Continúo: Hay una, que sólo es comparable en sus desdichas á la del señor Ministro del ramo. Las dos... (Martin da otra vuelta á la saeta, y la coloca en las dos. El reloj da dos campanadas. Maroto se vuelve un instante, le mira y sigue hablando.) Las dos carecen de todo lo que á las demas no se niega. Aquí están las leyes, señores; voy á leer las tres! (Martin da otra vuelta; el reloj da las tres.) Pero á qué voy á leerlas cuando el gobierno debe saberlas de memoria? Y si las sabe, por qué no las aplica? Cuatro años de sequía, cuatro... (Martin repite el juego y el reloj da cuatro campanadas. Maroto se vuelve, le mira y dice á su mujer.) ¿Sabes que el relojero parece que lo hace de intento?

CAROL. No creas...

MAROTO. Cuatro años de sequía llevamos en aquella, un tiempo fértil tierra, que pudiera ser, con más administracion y ménos política, un verdadero paraiso. No sucedía as en la época, por desgracia remota, llamada de los cinco años. Durante los cinco... (El mismo juego del reloj, que da cinco campanadas.) Hombre, me está usted fastidiando soberanamente!

MARTIN. (Sin volver la cara y aparte.) (¡Lo creo!)

MAROTO. Corra usted la saeta á la media, que esa es la hora oficial, la del Congreso. (Martin obedece.) Y por cierto que yo nó puedo detenerme más. Tal vez la sesion se prolongue, y esta misma tarde me toque hablar, por lo cual no puedo seguir dándote á conocer mi discurso. Adios, pues, y otra vez, Carolina mia, no ocultes nada á tu marido.

CAROL. ¿Por qué me dices eso?

MAROTO. Porque la casualidad me ha hecho saber lo que tú querias ocultarme, y tratándose de Vico es diferente.

CAROL. ¿Cómo?

MART. (¿Cómo?)

MAROTO. Anoche has escrito á Vico. Un diputado de mi provincia oyó leer la carta y me lo ha contado. Yo no me he dado por entendido, y he dicho que ya lo sabía; pero eso está muy mal hecho.

CAROL. Perdóname, Pepe, pero tenía yo tal empeño en ensayar.

MAROTO. Perfectamente, y no hay nada de malo en ello.

MART. (¡Hombre, hombre!)

MAROTO. Vico es muy amigo mio, le conozco muchísimo!

MART. (¡María Santísima del Pilar!) (Pegando la cara á la pared para que si Maroto mira no lo vea.)

CAROL. ¡Ah! ¿sí? (Muy contenta.)

MAROTO. Muy amigo; de soltero, cuando él estuvo en Jerez, no salía yo de su cuarto.

CAROL. ¡Ah; pues entónces voy á tener el gusto... (Mirando hácia donde está Martin y como queriendo presentarle. Martin que lo adivina vuelve la cara y comienza á hacer gestos cómicos suplicando por señas á Carolina que no le presente.)

MAROTO. ¿El gusto de qué? (Yendo á coger el sombrero.)

CAROL. De ensayar, sabiendo que no te incomodas.

MAROTO. No por cierto. Vico es un excelente chico incapaz de una traicion.

CAROL. ¿Estás seguro? (Vuelve á mirar á Martin y este á suplicar de nuevo por señas.)

MAROTO. Segurísimo. Ensaya, pues, que ahora mismo pondré yo dos líneas á ese picaron para que venga en seguida. (Martin se santigua.) Lucía, ya sabes, la señora no recibe á nadie más que al señor Vico. Que entre, que esté aquí cuanto quiera, que nadie les incomode, que tengan tiempo y tranquilidad para todo. (Aquí Maroto en lugar de coger su sombrero se lleva el de Martin.)

LUCIA. ¡Ay qué barbaridad! (Se va.)

MAROTO. Ea, adios, jóven actriz! Yo tambien voy á representar! Á representar al país, á darte gloria y fama... (La abraza. Se dirige á la puerta y ve á Martin, que al notarlo, torna á pegar la cara al reloj.) Pero, hombre, ¿todavía no? Acabe usted ya de una vez! ¡Ea, adios, hija mia! (Como yo

averigua que aquella me ha tomado en broma, la divido!)

ESCENA XVII.

CAROLINA, MARTIN.

CAROL. (Va hasta la puerta para verle salir. En seguida dice:) ¿Me querrá usted explicar á qué vienen estos misterios?

MART. Ahora bajo, señora, ahora bajo. (Baja.)

CAROL. Por qué no me ha dicho usted que era amigo de mi marido?

MART. (Tiene razon.) Porque yo no sabía que mi amigo se había casado. ¿Qué díce esta firma? Carolina Gomez de Maroto. Cierto que el apellido me sonaba, pero comprenda usted, amiga mia, que hay muchos Marotos. Desde aquel general que hizo el convenio de Vergara, hasta mi criado, que se llama tambien así, el número de los Marotos es infinito. ¡Vaya, vaya con Marotito! ¿Conque se casó con usted? ¿Conque usted es la dulce compañera de Maroto? ¡Cuánto lo celebro! ¿Y qué tal, le vá á usted bien con él? ¿Hace buen marido? Es dulce? Es seco? (Aquí me dejo yo la piel, hoy veintidos de Octubre, no tengo la menor duda.)

CAROL. ¿Qué inconveniente podía usted tener en que yo dijera á mi esposo... ¿Ahí está?

MART. ¡Encima de una escalera! señora, por Dios; yo supongo que en Jerez no se harán las presentaciones encima de las escaleras!

CAROL. Pero hombre, por Dios, no se arrime usted tanto!

MART. ¿La molesto á usted, no es eso? En ese caso vuelvo á pedir á usted perdon, y con el permiso de usted voy á pasar el papel á la encantadora Anita.

CAROL. ¿Cómo?

MART. Yo había creido que hacía bien en preferir á usted.

CAROL. Pero...

MART. Pero creo que usted conserva ciertos repulgos de provincia...

CAROL. (¡Dios mio! Este hombre se ha empeñado en que yo le haga caso!)

MART. Señora... (Tendíendo la mano para despedirse.)

CAROL. (Aunque sea por un momento, tendré que ser coqueta.)

MART. Señora... (Id., id.)

CAROL. (De lo contrario, esa miserable va á ser la reina de la fiesta.)

MART. Señora, Moscas, tres, segundo...

CAROL. ¡Vaya por Dios! Se ha enojado usted?...

MART. (¡Bravo!)

CAROL. No le creía tan susceptible.

MART. (¡Bravísimo!)

CAROL. Ya veo que los grandes artistas tienen tambien sus pequeñeces.

MART. Los grandes... Los artistas, señora, creen que no hay ningun daño para la moral en decir á sus amigas que son encantadoras cuando lo son.

CAROL. Ciertamente que no.

MART. Y hay artistas, señoras, que están invitados á tomar té á las diez en casa de sus amigas,

CAROL. ¡Oh! Pues si es eso le hago á usted mi prisionero. (Le coge el sombrero y lo lleva al cuarto, segunda puerta izquierda, cerrando con llave.) No sale usted de aquí, Lucía!

LUCIA. ¡Señorita!

CAROL. Tráenos té.

MART. (¡Esto va al pelo!)

CAROL. Y entre tanto, si el eminente primer actor no se violenta, ensayaremos algunas escenas. (Mirando el reloj y con cierto aire de proteccion.)

MART. No señora, no puedo!

CAROL. Ya hemos pasado las más fuertes, y ahora quisiera pasar las más delicadas.

MART. No señora, no puedo!

CAROL. Sí; aquella en que Elvira toca el nocturno y hace nacer la pasion en el corazon de Roman.

MART. Escena dificilísima, porque toda ella se hace con los ojos! (Animándose.)

CAROL. Probemos.

MART. Siéntese usted.

CAROL. ¿Estoy bien así?

MARTIN. Yo debo estar cerca, con la mano apoyada en la mejilla y en la mayor abstraccion. ¿Usted toca?

CAROL. Un poco.

MARTIN. Comience usted, pues, y á la vez... á la vez debe usted mirarme como para que yo me *chifle* por completo.

CAROL. No se si acertaré...

MARTIN. Veamos.

CAROL. (¡Dios mio! Pepe de mi alma; perdon por este pecadillo venial, pero yo necesito vencer á esa necia.)

LUCIA. El té.

CAROL. Déjelo usted ahí!

LUCIA. (Vamos, yo no lo entiendo.) (Se va por el foro.)

CAROL. Empecemos. (Se sienta al piano.)

MART. (Decididamente esta mujer es mia, mia, mia.) (Besándole la mano.)

CAROL. ¿Qué vá usted á hacer?

MARTIN. (Mia, mia, lo que se llama mia!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA y MARTIN, están ensayando. Carolina con mucho entusiasmo. Martin visiblemente contrariado, pasea á lo largo del teatro.

CAROL. Alma, ya puedes hablar
contigo misma un instante,
ya puedes en el semblante
tus deseos reflejar.
Ya en tu soledad llorar
puedes tus inmensas cuitas,
ya tus penas infinitas
pueden demostrar su afan,
y estallar ¡ay! el volcan
de tus pasiones malditas.
(Á Martin.) Qué tal. ¿Va bien así?

MART. Muy bien, señora, muy bien. (Paseando distraido.)

CAROL. Parece que no me hace usted caso. Tenga usted presente que este es el monólogo, donde hay que echar el resto.

MART. ¡Ya lo creo!

CAROL. Y usted me oye paseando; francamente, no se entera usted de nada.

MART. Es la costumbre, la costumbre de pasear por el foro mientras ensayan los demás.

CAROL. Fíjese usted bien.

MART. (Son las dos y cuarto; ese hombre va á volver y me va á hacer picadillo!)

CAROL. (Declamando.) ¿Qué piensas? ¿Qué piensas, dí?

MART. ¿Pues qué he de pensar? Que me he metido en un lio de cuatro estuches y cinco triunfos... ¡Ah! No, dispense usted, no sé lo que me digo...

CAROL. ¿Habla usted sólo?...

MART. ¡No lo crea usted!

CAROL. Habla usted lo que piensa?...

MART. No... (Dejando el papel en el velador y yendo á encontrarla.)

CAROL. ¡Ya sé lo que es!

MART. ¿Lo sabe usted?

CAROL. Lo adivino. Teme usted el enojo de la señora de Velez, sin duda...

MART. (Pero señor, si yo no conozco á la señora de Velez, ni la he visto en mi vida!)

CAROL. Ha querido usted complacernos á las dos, y ahora ve usted que no es posible!

MART. Naturalmente, señora, el Evangelio lo dice: «nadie puede servir á dos señores.»

CAROL. Y está usted desasosegado, inquieto... ya, ya lo veo claro: aunque provinciana, no soy tan poco avisada como usted cree.

MART. ¿Cómo?

CAROL. Usted ha venido aquí convalachado con ella.

MART. ¿Cómo convalachado?

CAROL. Ha venido usted de acuerdo con ella para ensayarme la comedia mal!

MART. ¡Demonio!

CAROL. Sí señor, esto es una intriga madrileña.

MART. Señora...

CAROL. ¡Una infamia! (Llorando.) Me ha aconsejado usted hace

un instante que diga ¡horror! con los ojos cerrados!

MART. Pues naturalmente; lo que horroriza, no se quiere ver, y usted al ver á su marido, que se acaba de pegar un tiro, dice usted ¡horror!! cerrando los ojos y abriendo los brazos.

CAROL. No señor, eso no debe ser así! Ahora comprendo por qué me ha hecho usted el amor; por qué no quiere usted oirme el monólogo; todo esto es obra de ella, que me detesta, que quiere ponerme en ridículo. ¡Dios mio! que desgraciada soy! (Sentándose y llorando.)

MART. (¡Y llora! Yo le voy á decir que no conozco á semejante mujer.) ¿Llora usted? Puede usted suponer...

CAROL. En cuanto venga mi marido lo voy á decir que es usted un hombre de mala fé.

MART. (Pues no falta más que eso.)

CAROL. ¡Qué se lo cuente al marido de la de Velez, á Velez, para que sepa!...

MART. (Era poco un marido; ya son dos!)

CAROL. Y en cuanto á ella...

LUCIA. La señora de Velez. (Al oir esto Carolina se levanta repentinamente y Martin da una vuelta en redondo y comienza á ver por donde marcharse, diciendo:)

MART. (¡Doy quinientos reales por una apoplegía!)

CAROL. ¡Me alegro!

MART. ¡Espere usted!

CAROL. Que espere un instante.

MART. Oiga usted.

CAROL. Voy á secarme las lágrimas, no quiero que me vea llorando. No la hagas entrar hasta que yo vuelva. Quiero que presencie el ensayo. Como no ensayemos delante de ella para que vea que la he de humillar, le cuento á Pepe su deslealtad de usted. Le digo que me ha hecho usted el amor. ¿Lo entiende usted bien? Es preciso que esa señora vea un ensayo en toda regla!

ESCENA II.

MARTIN, LUCÍA.

MART. Oiga usted! (Cogiendo por la mano á Lucía, que estará en la puerta, y haciéndola bajar rápidamente hasta el proscenio.)

LUCIA. ¡Ay!

MART. ¿Qué es lo que le ha dicho á usted su amo?

LUCIA Pero si es que esa señora...

MART. Que cuando yo estoy aquí no se recibe á nadie!

LUCIA. Ya se lo he dicho, pero me ha mandado pasar el recado porque dice que quiere verle á usted.

MART. ¡Á mí! (Es decir, á Vico.)

LUCIA. En cuanto ha oido que estaba usted aquí...

MART. ¡Pues nada, no recibo!

LUCIA. ¿Eh?

MART. No recibimos. Dígale usted que cuando la señorita habla conmigo somos sagrados. ¿Comprende usted? No lo ha mandado así quien puede?

LUCIA. Y si insiste en entrar?

MART. Le dice usted—¡atrás!

LUCIA. ¡Ay, qué miedo!

MART. Lucía, encantadora Lucía, yo soy uno de los hombres más ricos de la tierra. El dia que yo quiera recojo toda la moneda de Madrid con un sencillo volante al Banco. ¿Usted qué necesita? ¿Cinco duros? ¿Diez? ¿Veinte? Tome usted dos pesetas; yo le daré á usted oro, plata, piedras preciosas, pero que esa señora se vaya! (Dándola una moneda.)

LUCIA. Voy, voy en seguida... ¡Ay que lio!

MART. Corre, Vénus negra, corazon sensible... ya va, ya se lo dice... (Esto lo dirá colocado en la puerta y oyendo.) La señora esa se rie... dice que no... ¡Ave María Purísima! dice que Vico no puede estar aquí porque le acaba de ver en la calle... ¡Dios mio! Qué irá pensando esa mujer de esta otra! Pensará que la ha sorprendido en una conferencia íntima con álguien que toma el nombre

del otro. ¡Martin! La reputacion de esta señora está en tus manos... en tus propias manos... Yo me voy de aquí... ¿Pero cómo me voy sin sombrero?

ESCENA III.

MARTIN, LUCÍA.

MART. ¿Se fué?

LUCIA. Riéndose como una loca. Me preguntó que dónde estaría ahora el amo.

MART. Qué le dijo usted?

LUCIA. Que ahí al lado, en el Congreso.

MART. ¡Ha ido á avisarle!

LUCIA. ¿Avisarle qué?

MART. Le doy á usted diez duros por mi sombrero.

LUCIA. ¿Eh?

MART. Diez duros y medio.

LUCIA. Está cerrado. (Yendo á la puerta izquierda. Martin anda desasosegado por la escena.)

MART. ¡Once!

LUCIA. Imposible. (Forcejeando por abrir.)

MART. ¡Quinientos reales!

LUCIA. Voy á dar la vuelta.

ESCENA IV.

MARTIN, CAROLINA, luégo LUCÍA.

CAROL. Que pase esa señora.

MART. Esa señora se ha marchado.

CAROL. ¿Que se ha marchado?

MART. Naturalmente; en Jerez será costumbre tener á las señoras en las antesalas, pero aquí no se estila.

CAROL. ¡Se ha marchado!

MART. Y yo, imitando tan noble conducta, me retiro tambien. Puede usted buscar otro primer galan que la ensaye el papel, pues yo no esperaba... yo no esperaba

que... (¿Qué será lo que yo no esperaba?)

CAROL. Caballero, cada vez le comprendo á usted ménos. Voy sospechando que no tiene usted el juicio sano!

MART. (Da una vuelta por la escena como para cerciorarse de que no le oye nadie, y luégo dice con acento dramático.) ¡Pues bien, señora mia, yo soy un miserable que, faltando villanamente á la verdad, he allanado su domicilio de usted, valido de una mentira que yo creía inocente y ha resultado criminal. Yo no soy Vico, señora!

CAROL. ¡Socorro! (Lucía aparece en la puerta con el sombrero.)

MART. Yo no soy Vico. Soy un adorador de usted que ha suplantado el nombre de un artista honrado incapaz de hacer nada indigno; usted me lo perdonará, porque usted es muy buena; yo creía que era usted viuda. Celebraría mucho que lo fuera usted en este momento.

CAROL. ¡Caballero!

MART. Pero ya que las pulmonías vienen retrasadas, yo me voy; yo no quiero exponerme á las iras del señor Maroto, que á estas horas tal vez lo sabe todo. Sí señora, sí; la señora de Velez acaba de ver á Vico en la calle; ha preguntado dónde está su marido de usted. Las mujeres, cuando salen perversas son capaces de pegarle fuego al universo con una mirada; yo me voy; deme usted su perdon y mi sombrero, señora.

CAROL. ¡Es usted un miserable!

MART. Ya lo sé, señora, ya lo sé.

CAROL. Si en este momento llegara Pepe, si adivinase lo que pasa, ¡pobre de usted y pobre de mí!...

MART. (Suplicante.) Mi sombrero, señora!

LUCIA. (Dándoselo.) Aquí está.

MART. Gracias, muchas gracias. Crea usted que toda mi vida estaré arrepentido...

CAROL. ¡Pero corra usted!

MART. Y me voy sin oir siquiera una vez que no le he sido á usted indiferente!

CAROL. ¿Se va usted, ó no?

MART. Adios, adios para siempre, Carolina! (Se va á poner el

sombrero, pero al mirarlo pone cara de espanto y exclama.)

LAS DOS. ¡Qué!

MART. ¡Este sombrero... este sombrero no es el mio!

CAROL. ¿Cómo que no?

LUCIA. Pues este es el que la señorita puso allí.

MART. Ve usted, me está un poco apretado... ademas es un sombrero de luto...

CAROL. ¡Es el de Pepe!

MART. ¡Se ha llevado el mio!

LAS DOS. ¿Eh?

MART. ¡Y dentro de él había una carta!

CAROL. ¿Una carta?

MART. Amorosa!

CAROL. ¡Pero usted no se ocupa más que en eso!

MART. Nada más, señora.

LUCIA. ¡Ay qué tipo!

CAROL. Va usted á ser causa de mi ruina! Váyase usted de una vez, sea como quiera! Mire usted, el año pasado sospechó sin razon mi marido de un amigo de casa y hubo una escena...

MART. Estoy á los piés de usted.

CAROL. Ántes de entrar ya conocí cómo venía, porque pegó un campanillazo... (En este momento suena un campanillazo estrepitoso que se prolonga un gran rato. Martin se deja caer en una silla. Carolina eleva la manos al cielo. Lucía quiere andar sin saber á dónde dirigirse.)

CAROL. Santísima Vírgen del Cármen!

LUCIA. ¡Lo va á hacer astillas.!

MART. ¡Astillas! Esta vez no me negará usted la entrada por aquí. (Yendo á la puerta izquierda.)

CAROL. ¿Y si registra?

LUCIA. (Llorando.) La va á pegar conmigo!

MART. ¡Cómo me alegraría!

CAROL. Espere usted, ántes le creyó á usted el relojero y no sospechó. Siga usted siéndolo.

MART. ¿Y la escalera? ¡Pero hombre, ¿á quién se le ocurre quitar la escalera! ¿Usted no sabe que en las casas de

Madrid están de moda las escaleras?

CAROL. Arregle usted otro.

LUCIA. ¡Este! (Señalando al de la chimenea.)

CAROL. ¡Dios mio, no lo va á creer!

MART. Yo acabaré por aprender el oficio. (Va á arreglar el reloj.)

CAROL. Abre ya, Lucía, sea lo que Dios quiera! (Lucía va abrir. Carolina se va á su cuarto.)

ESCENA V.

MARTIN, MAROTO, LUCÍA.

MART. ¡Una carta en el sombrero del relojero... para mi bailarina! (Maroto viene desencajado y entra en el cuarto de Carolina, saliendo en seguida: Martin estará junto á la chimenea teniendo con una mano agitada la saeta del reloj y con la otra la cortina de la puerta inmediata. Maroto sale tan fatigado que apenas puede hablar. Por fin, despues de hacer un esfuerzo para pronunciar la primera palabra dice:)

MAROTO. ¿Dónde... dónde está el relojero? (Al oir esto Martin indica con el gesto el horrible susto que le ha dado la frase y busca la salida sin soltar la saeta de la mano.)

LUCIA. (Temblando.) ¿El relojero?

MAROTO. Sí; yo le dejé aquí, la portera me dice que no ha salido nadie, luego el relojero está aquí afortunadamente, porque así podré tirarle por el balcon. (En este momento, la saeta impulsada por la mano nerviosa de Martin, se pone en las doce y suena un timbre agudísimo de despertador, con golpe prolongado que dura un largo rato. Maroto se vuelve y ve á Martin que acaba de ocultarse detrás de la cortina.)

MAROTO. (Con risa irónica.) ¡Ah! ¿Estaba usted ahí?

MART. (Con la misma sonrisa.) Pues... sí señor, aquí estaba dando un paseito... eso es, aquí en la chimenea!

MAROTO. (Á Lucía.) Vete, muchacha.

LUCIA. (¡Yo no lo entiendo! Tan pronto le incomoda, como le entrega la casa!)

MART. (Dios me dé habilidad para salir de aquí por donde sale la gente!)

ESCENA IV.

MARTIN, MAROTO.

Maroto empieza la escena hablando con cierta dificultad, como el que va á hablar de un asunto embarazoso. Está emocionado. Martin estar á cerca de la puerta del foro sin atreverse á bajar.

MAROTO. Tenga usted la bondad de acercarse.

MART. Gracias, muchas gracias, estoy bien aquí, la corriente de aire me... me sienta muy bien!

MAROTO. Venga usted, tenemos que hablar en voz baja.

MART. (Ah vamos! No quiere el escándalo. (Bajando.) Me va á matar con sordina.)

MAROTO. (Cogiendo una silla y colocándola en medio del proscenio.) Siéntese usted aquí.

MART. ¿Aquí? (Receloso: se sienta siguiendo con la vista á Maroto.)

MAROTO. Sí señor. Yo voy á cerrar el cuarto de Carolina para que no se entere... (Va y cierra.)

MART. (Este es de los que perdonan á la señora y matan al amante. ¡Qué mal sistema!)

MAROTO. Ya estamos solos.

MART. Pues bien, caballero, usted está en un error crasísimo, del que quiero sacarle. Usted tal vez cree que esa carta hallada en mi nombre...

MAROTO. No se moleste usted en disculparse, porque ella me lo ha confiado todo. (Los dos personajes hacen la escena golpeando, los sombreros de vez en cuando y dando á entender que recuerdan que el uno tiene en la mano el sombrero del otro.)

MART. (Con el mayor asombro.) ¡Ella!

MAROTO. Sí señor, ahora mismo.

MART. (Pero en cinco minutos...)

MAROTO. ¡Todo!

MART. (¿Qué objeto se llev a esa señora en desacreditarme de esa manera?)

MAROTO. Es inútil, por consiguiente, que hagamos una escena

dramática...

MART. ¿Ah, no?

MAROTO. Todos tenemos nuestros pecadillos...

MART. (¡Caracoles!...)

MAROTO. Y usted debe comprender que no estoy en el caso de dar un escándalo por una tontería.

MART. (Voy comprendiendo los modernos dramas de costumbres.)

MAROTO. Lo sucedido me duele...

MART. (Vamos, á lo menos le duele.)

MAROTO. Pero no me obceca.

MART. (¡Qué hombre más raro!)

MAROTO. No hemos de matarnos por eso.

MART. ¡Ah! No, de ninguna manera!

MAROTO. Si ella fuera mi mujer, ya la cosa variaba.

MART. ¿Qué? (Asombradísimo.)

MAROTO. Pero tratándose de una persona así...

MART. (¡No es su mujer!)

MAROTO. Desprecio... y rechazo.

MART. (¿Conque no es su mujer?...) Es decir que he hecho bien en venir...

MAROTO. No señor. Yo ignoro si usted es casado...

MART. Todavía no. No tengo la edad.

MAROTO. Pues bien, ya sabe usted que todos tenemos nuestros deslices...

MART. (¡No es su mujer!) Sí señor, sí.

MAROTO. Así, pues, lo único que yo deseo saber, lo que ruego á usted me diga con toda franqueza, es cómo, cuándo, dónde, por qué circunstancias, ha logrado usted engañarme tan en regla!

MART. Caballero...

MAROTO. No tema usted nada! Ya ve usted que estoy... emocionado, nervioso... pero es del asombro, de la sorpresa... por lo demas comprendo mi situacion; estoy, como si dijéramos, cogido, porque yo, á pesar de estas calaveradas, amo á mi mujer, la considero... le guardo todas las consideraciones posibles.

MART. (¡Qué grandísimo pillo!)

MAROTO. Y ántes de que se enterase de nada, prefiero pasar ante usted la plaza de tonto, pero á lo ménos que yo sepa el orígen de esta traicion; que yo vea cómo se engaña á un hombre que no ha escaseado nada...

MART. Pues...

MAROTO. Hable usted sin temor, repito que ella, llorando, como lloran ciertas personas, me ha confesado que está enamorada de usted, que no lo ha podido evitar, que es una pasion superior á ella...

MART. (¿Pero cuánto ha hablado esa mujer en un instante?...)

MAROTO. Yo... no lo extrañe usted, me he abalanzado...

MART. (Le ha dado una paliza!)

MAROTO. Y en mi furor...

MART. (Ahora sí que se ha enamorado de mí...)

MAROTO. ¿Qué ménos podía hacer?

MART. (Tendiéndole la mano) Ha hecho usted muy bien. (Eso me asegura un porvenir de color de rosa.)

MAROTO. No lo dudo, pero sepamos...

MART. (¿Y qué le digo yo?)

MAROTO. ¿Dónde la ha conocido usted?

MART. Comprenda usted, señor mio, que me es muy violento, despues de la dignidad con que usted se conduce, venir á contarle de qué modo ha sido burlado. Hay ciertas cosas...

MAROTO. ¡Si no me importa!

MART. Se me resiste...

MAROTO. Se lo ruego á usted.

MART. ¡No señor, no!

MAROTO. ¡Se lo exijo! (Levantándose.)

MART. Pero...

MAROTO. Se lo exijo, porque si hay algo en el mundo que yo no quiera ser, es incauto! ¿Comprende usted? Yo puedo pasar por el disgusto de acabar estas relaciones, que siempre lo es, porque cuando las comencé, es porque estaba interesado; puedo pasar por la burla sangrienta que se me ha hecho; puedo yo, hombre rico, hombre

práctico, hombre corrido, pasar por verme suplantado por un relojero...

MART. ¡Oiga usted!

MAROTO. Lo dicho.

MART. (Hay que chillar.) Un relojero es un hombre superior; sin mí no sabría usted en qué hora vive, no tendría usted hora, no tendría usted cuartos!

MAROTO. Puedo pasar, repito, por todo ello, y aguantarme para que en mi casa no haya una catástrofe; pero como he de volver á ver á esa desdichada, quiero al devolverle cartas, fotografía y pelo rubio...

MART. ¿Pelo? (¡Qué hombre tan cursi!)

MAROTO. Quiero probarle que lo sabía todo. Lo entiende usted? por consiguiente, ó usted me da pormenores ó aquí, sin dar una voz, sin que se entere nadie, le mato á usted! (Martin retrocede.)

MART. No, no hay necesidad, no hay que matarme. ¿Usted quiere saber cómo ha sido? Pues no hay inconveniente; nada, se lo diré á usted todo.

MAROTO. Usted ha entrado en la casa...

MART. Sí señor.

MAROTO. ¿Á cosa de su profesion?

MART. Eso es. Á arreglar el reloj.

MAROTO. ¿El reloj de cuco? El que yo le regalé!

MART. Justamente, el de cuco. Fué una escena tierna. Vea usted. Ella estaba aquí sentada. Este es su sitio, ese era el mio, ella ensayaba, es decir...

MAROTO. Sí, sí, perfectamente, daría saltos.

MART. Saltos... saltos precisamente no.

MAROTO. Pasos, pasos y vueltas...

MART. Eso es, pasos y vueltas. Yo me olvidé de mi tarea para contemplarla. Ella no fué indiferente á estas miradas mias. El cuco dió las doce. ¡Ah! Caballero; desde aquel momento el... cuco... el cuco fuí yo!

MAROTO. ¿Qué más?

MART. (¡Qué más querrá!) Al dia siguiente el cielo amaneció nublado...

MAROTO. ¿El dia de la tormenta?

MART. Si señor, el dia de la tormenta. (¿Qué dia será ese, señor?)

MAROTO. ¿Cuando su madro estaba con la pulmonía?

MART. Si señor, cuando la pulmonía estaba con su madre.

MAROTO. ¿Aquel dia comenzaron sus relaciones de usted?

MART. Sí señor, entre la tormenta y la pulmonía.

MAROTO. Aquella tarde me puse como una sopa por ir á buscarles un médico; no encontraba coches, corrí todo Madrid, eché en esto dos horas y tal vez usted entretanto...

MART. Sí señor, entre tanto yo le estaba diciendo bendita sea la tormenta, bendita sea la pulmonía!

MAROTO. ¿Y despues?

MART. Despues...

MAROTO. Sí, ya sé, esto fué hace ocho dias; despues ha ido usted todas las tardes, que es cuando yo estoy en el Congreso!

MART. Justamente, mientras usted estaba en el Congreso... yo peroraba...

MAROTO. Basta. No necesito saber más. Ya ve usted que mi prudencia es extraordinaria, que sólo por respeto á mi pobre mujer... ¡Oh! Me está bien empleado, por calavera, por necio, porque yo tengo una mujer angelical, sí señor, indigna de ser engañada...

MART. Pues vaya usted, vaya usted al lado de esa mujer angelical, y supuesto que la otra me ama...

MAROTO. ¡Oh! sí. (Cogiendo el paquete de cartas.)

MART. Porque usted lo habrá oido bien de sus labios. ¿Verdad? Ella me ama?

MAROTO. Demasiado bien lo he oido.

MART. Le ha dicho á usted que me ama?

MAROTO. Se complace usted en repetírmelo? Sí señor, le ama á usted... y francamente, no lo comprendo! (Mirándole de arriba abajo.)

MART. ¡Qué quiere usted! Las mujeres tienen caprichos...! (Contoneándose.)

MAROTO. Excuso decir á usted que este asunto queda envuelto en el mayor misterio.

MART. Yo soy un pozo, caballero.

MAROTO. Acabe usted de arreglar ese reloj, vea usted el de mi despacho y luégo el del gabinete de Carolina. Yo volveré pronto. ¡Carolina! ¡hija mia!

MART. (¿Hija mia? ¡Ah! vamos, es en tono irónico.)

MAROTO. Aquí queda el señor...

MART. (¡Ironía... ironía!)

MAROTO. Ahí os dejo hasta pronto. El Congreso me reclama. Ya le he dicho que pase á tu tocador... hasta luégo!

CAROL. Pero...

MAROTO. ¡Adios! (Sepa usted apreciar mi conducta.)

MART. ¡Sí señor!

MAROTO. (Si mi mujer llega á enterarse por usted... lo mato! Por lo demas queda usted en posesion de esa buena pieza.

ESCENA VII.

MARTIN, CAROLINA.

CAROL. (Con gran impaciencia.) ¿Qué ha pasado?

MART. (Frotándose las manos.) ¡Me la regala!

CAROL. Se baten ustedes?

MART. (Mirándola con aire de triunfo y en actitud de conquistador, baja al proscenio y dice dejándose caer en una butaca y tomando en ella una postura descuidada.) ¡No señora!

CAROL. ¡Venía furioso!

MART. (En el mismo tono.) ¡No señora!

CAROL. Yo he querido calmarle.

MART. Ya lo sé.

CAROL. Le he dicho dos palabras...

MART. ¡Bendita sean esas dos palabras!

CAROL. ¿Cómo?

MART. (Levantándose y acercándose á ella.) ¡Siéntese usted aquí, Carolinita!

CAROL. ¿Pero qué significa?... (Sentándose como maquinalmente.)

MART. (Sentándose á su lado.) Vamos á ver. ¿Por qué razon, si usted estaba enamorada de mí, no me lo dijo usted desde luégo?

CAROL. ¡Caballero! (Apartándose de él.)

MART. (Levantándose y paseando con aire pretencioso con las dos manos metidas en las bocas mangas del chaleco.) ¡Psth! Si son cosas que no tienen nada de particular. ¿Que se ha cansado usted de él? ¡Es natural! ¡Como que es muy feo!

CAROL. Señor mio, no puedo consentirle á usted!...

MART. ¡Claro! Ahora quiere usted por bien parecer defenderle y defenderse! Es lo que se acostumbra. Pero no hacía falta, hija mia! ¿Pues no ha visto usted que he tenido la audacia de presentarme aquí arrostrándolo todo, cuando no sabía si era usted casada?

CAROL. Acabemos.

MART. Pues con haberme dicho aquí que nadie nos oía, «yo no estoy casada, ese hombre me repugna, tú eres un artista celebrado, me has hecho efecto...»

CAROL. Está loco...

MART. Porque usted me admitió aquí creyendó que era el otro!

CAROL. Harto lo siento.

MART. Pero no hay nada perdido, porque yo... Yo soy un hombre jóven, rico...

CAROL. Yo no puedo más! (Cayendo en el sofá.)

MART. Yo la pondré á usted un tren... que ni el exprés.

CAROL. ¿Á mí?

MART. Irá usted el invierno á Pau y el verano á Biarritz, mejor dicho, iremos...

CAROL. ¡Esto es indigno!

MART. ¡Iremos! (Sentándose junto á ella.) Serás la reina de las estrepitosas. (Se sienta en un taburete de los piés que habrá junto al sofá.)

CAROL. Salga usted de aquí!

MART. Te vestirás á la inglesa... te enseñaré el Rhin... veremos el mar desde las altas rocas, y lejos de la gente

murmuradora te daré besitos en la mano como si fueras una novia...

CAROL. ¡Lucía!

MART. Déjate de Lucía, tonta.

CAROL. ¡Socorro!

MART. ¡Ay qué rica!

ESCENA VIII.

CAROLINA, MARTIN, MAROTO.

MAROTO. (Se me olvidó el retrato!... ¡Demonio!)

CAROL. ¡Pepe! (Levántese usted! Es él!)

MART. (Sin levantarse.) Déjelo usted. (Maroto va bajando despacio.)

CAROL. Pero hombre...

MART. Déjelo usted! si no le importa!

MAROTO. (Bajando al proscenio y dirigiéndose á Martin.) ¿Qué estaba usted haciendo ahí?

MART. ¡Hola! Pues hombre, qué había de hacer? Lo que hemos convenido!

CAROL. Pepe, tú ves esto?

MAROTO. Levántese usted.

MART. ¿Yo?

CAROL. ¿Pero has visto nada igual?

MART. Hombre, váyase usted con su mujer y dejemos á nosotros tranquilos!

CAROL. Nada, no te incomodes, ya no tengo duda; está loco. (Riendo á carcajadas.)

MART. ¿Loco? Que diga si no me ha mandado él quedarme aquí por dueño de la casa!

MAROTO. ¡Usted está equivocado! Usted no sabe que mi mujer es esta?

MART. (Al oirlo Martin, que está todavía sentado en el taburete, se quiere levantar de repente y cae de bruces al suelo; se incorpora en seguida y exclama.) Á ver, á ver, á ver...

CAROL. (Que continúa riendo sentada en el sofá.) Es un chiflado!

MAROTO. (Á Martin.) ¡Pues es claro!

MART. (¿Pues á quién se refería usted?)

MAROTO. (Á esta.) (Enseñándole el retrato sin que Carolina lo vea.)
MART. La Pichona!... (Cae desmayado sobre Maroto.)
MAROTO. Eh! ¡hombre! (Queriendo apartarle.)
CAROL. ¡Qué! ¡Qué es eso! se pone malo?
MAROTO. ¡No!
MART. ¡Conque era usted el que me la pegaba á mí!
CAROL. ¿Qué dice?
MAROTO. Nada, hija mia, nada! (Calle usted, hombre!)
MART. ¿Callar, eh? Ahora verá usted.
CAROL. Dice que tú se la pegabas. (Pasando en medio.)
MAROTO. No, sino que el señor creía... es decír, creía yo. . no, es decir, el... (De pronto y vociferando.) Salga usted de aquí inmediatamente!
MART. ¡No señor! ¿Qué he de salir? Todavía tenemos que arreglar el reloj de cuco!
CAROL. ¡Qué reloj de cuco! ¿Pero qué es esto?
MAROTO. Pues nada, verás... ¡No se eche usted encima, caramba! Que yo le había autorizado al señor para hacer el amor, pero es que él te había confundido con la... (Dándose un golpe en la boca al ver que iba á descubrirlo.)
CAROL. ¿Con quién?
MART. ¿Con quién? (Amenazador.)
MAROTO. No, quiero decir...
MART. Que diga con quién. Á que no dice con quién? (Poniendo los brazos en jarra y amenazando cómicamente.) ¡Vaya, que no dice usted con quien!
CAROL. ¡Dios mio! Aquí hay algun misterio. Tú me ocultas algo... (Llorando.)
MAROTO. ¿Yo? (Retrocediendo y dándole por detrás las cartas á Martin.)
MART. ¿Eh?
MAROTO. ¿Yo?
CAROL. Sí, tú. ¿Por qué no te enoja ver al señor á mis piés? ¿Por qué dice él que tú se lo has mandado? ¿Qué es lo que ustedes han convenido? ¿Por qué andas hácia atrás?
MAROTO. Porque este caballero....
CAROL. Y usted...

MAROTO. (Tape usted eso, hombre...)

MART. ¿Qué hago con este lio? Tome usted, hombre.

CAROL. Á ver, á ver? ¿Qué es eso?

MAROTO. ¿Esto? Esto, hija mia, esto... son los datos para mi discurso.

MART. Justamente, para nuestro discurso! Porque este caballero y yo tenemos que hacer un discurso que nos está ocupando muchísimo.

CAROL. ¡Ah! Tambien usted?...

MAROTO. Sí, tambien este caballero es orador, de la misma agrupacion que yo!

MART. Ya lo creo!

MAROTO. (¡Cállese usted!) Tenemos las mismas aspiraciones... verdad? El mismo objetivo... es verdad? La misma... (Como arregle usted esto y se vaya usted, le coloco en la Deuda.)

MART. (¡Hombre, sí, eso sí! Me callo y me voy.)

CAROL. ¿Es decir, que ustedes, por lo que veo, son rivales políticos, y que por algun discurso más ó ménos aplaudido, se detestan?

MART. Sí señora; y yo he venido aquí mientras él estaba en el Congreso... eh? (Á Maroto como consultándole.) á ver si me vengaba de él, mi enemigo... oratorio... eh? Haciéndole el amor á su... señora... eh? Pero como la señora no...

MAROTO. (¡Bravo! Á la Deuda va usted, si señor!)

CAROL. ¡Política maldita, que no produce más que disgustos!... vengan esos datos; lo que es con ellos no harás discurso alguno! (Los echa al fuego.)

MAROTO. ¡Bien!

CAROL. Y desde mañana se renuncia en esta casa á toda ambicion política, y vive usted al lado de su mujer, que no debe de ninguna manera estar sola por las tardes.

MART. Ni por las mañanas.

MAROTO. Ni por las noches!

MART. Es verdad, y yo estorbo aquí ya: tengo mucha prisa y me está esperando una señora á quien tengo que retorcer el pescuezo!

CAROL. ¡Jesús! ¡Qué desatino!

MART. Sí señora, el pescuezo! El propio pescuezo!

MAROTO. Á mí no me mire usted, á mí que me importa?

MART. Y cuando quiera usted ensayar alguna comedia...

CAROL. No, no.

MART. Ó componer un reloj.

MAROTO. ¡No!

MART. Ó recibir una declaracion...

MAROTO. ¡Hombre!

MART. Martin, Martin de San Martin, abogado, propietario, concurrente á los escenarios, transeunte de la Carrera de San Jerónimo y sargento de húsares de Antequera... (¡Ó el destino, ó la revelacion!) Señora... caballero... Moscas, tres.... Voy á estrangular á esa apreciable jóven.

CAROL. Pero ántes quiero enseñarle á usted los versos finales.

MAROTO. ¿Qué dicen?

MART. Vera usted.

Público. pónnos á salvo
de un temor que no me explico,
viendo en mí el arte de Vico
y la inspiracion de Calvo.
Qué yo al hacerles honor
con inusitado afan,
pido, como buen galan,
el perdon para el autor.

FIN.

ADVERTENCIA.

—

Los actores de provincias pueden sustituir el nombre del actor Vico por el que crean conveniente si han de hallar más facilidad de imitar á alguno en las escenas de ensayo del primer acto.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
## ZARZUELAS.			
mador de fieras..................	1	D. J. Campo Arana (*Mitad*).	L.
inero celoso.....................	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
:ero del alba....................	1	Manuel Fernandez..	M.
dos tios.........................	1	Manuel Nieto.......	M.
.a aragonesa.....................	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
ıtancera.........................	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
cadora, cancion..................	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero........	L. y M.
ijas del tambor mayor............	1	R. L. P. de Guzman.	L.
uarachas.........................	1	D. Manuel Fernandez..	L. y M.
egros catedráticos...............	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
ıatamos..........................	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
la flauta........................	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
idion en Vulcano.................	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
ave..............................	2	Campo Arana (*Mitad*)	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné.*—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.